

rra sin cuartel contra gentes de raza, de lengua y de religión diferentes conservaba en la sociedad europea emigrada á Palestina un régimen forzosamente militar, y la rivalidad del patriarca de Antioquía, considerado por los cristianos de Oriente como igual, si no como superior en dignidad al de Jerusalem, contribuyó probablemente á impedir la constitución de un vice-papado en la capital de la Palestina¹. Al menos la ciudad tomó el aspecto de un convento militar, con procesiones continuas, celebración de misas y rogativas públicas: las campanas tocaban para todos los actos civiles lo mismo que para las ceremonias religiosas. Los cristianos, siguiendo el ejemplo de los mahometanos, y por efecto de las mismas razones, constituían una sociedad en que la ley religiosa absorbía enteramente en provecho propio la ley secular: por una parte los *soutra* del Corán, por otra los versículos de la Biblia determinaban los actos y los juicios.

Las Cruzadas tuvieron también por consecuencia dar á la monarquía francesa un carácter particularmente atribuido á la Iglesia. La primera expedición fué en un principio predicada en Francia, y caballeros franceses fueron los que en mayor número tomaron parte en ella. Después el movimiento de fe y de aventura se propagó hacia la Europa central; pero el primer lugar no dejó de corresponder á los Cruzados franceses y á los Normandos de Sicilia, quienes, por otra parte, se unían también en aquella época por la lengua y el genio á los caballeros de nacionalidad francesa. A los ojos de los papas, las hazañas de la caballería occidental se unieron á las donaciones de Pepino y de Carlomagno, y aun á la conversión de Clodoveo, para constituir una especie de tradición que unía la política de Francia á la prosperidad especial de la Iglesia. De aquella época de las Cruzadas data la expresión de *Gesta Dei per Francos*, y el clero encontró en ella un pretexto de los más cómodos para tratar de regimentar en su provecho el pueblo francés llamándolo «soldado de Dios». Hasta en el siglo XX, después de Renacimiento, Reforma y Revolución, ese recuerdo de las Cruzadas todavía ejerce su influencia en las disensiones civiles de Francia para retenerla bajo el dominio de la Iglesia.

¹ Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, achter Theil.

El oficio de los señores feudales era batirse, y precisamente las guerras constantes y la barbarie de ellas resultantes trajo consigo la ruina completa del arte militar, táctica y estrategia: se mataban unos á otros, pero no se sabía combatir, las reglas de combate habían sido olvidadas. Ya no había ejércitos propiamente dichos; éstos no constituían ya

cuerpos organizados con un cuadro común que concordaba sus operaciones siguiendo un plan único. Tantos señores, tantos jefes de guerra independientes; cada uno tenía el mando absoluto de sus hombres, no en virtud de su talento, de su mérito reconocido, sino por su derecho de nacimiento ó de rango. Los combatientes que empleaba habían sido escogidos entre sus siervos; sin haber recibido previamente ins-



Según Sybel.
MURALLAS DE ANTIOQUÍA

trucción militar, habían de batirse, no para la victoria de todos, sino para la gloria especial de su jefe, y, cuando hacían un prisionero ó capturaban un caballo, parecía muy natural que fueran á poner su presa en lugar seguro antes de volver á la batalla; de donde resultaban imposibles todas las maniobras de conjunto. El arte militar no tuvo nuevos adeptos hasta después del encuentro de las Cruzadas y de los ejércitos mahometanos. Los caballeros cristianos aprendieron de sus enemigos á formar tropas sólidas, regularmente adiestradas para la guerra, en vista de un triunfo colectivo. No obstante, parece que el arte de los sitios no se había perdido por completo: unos ingenieros especiales se habían transmitido por generación de padres á

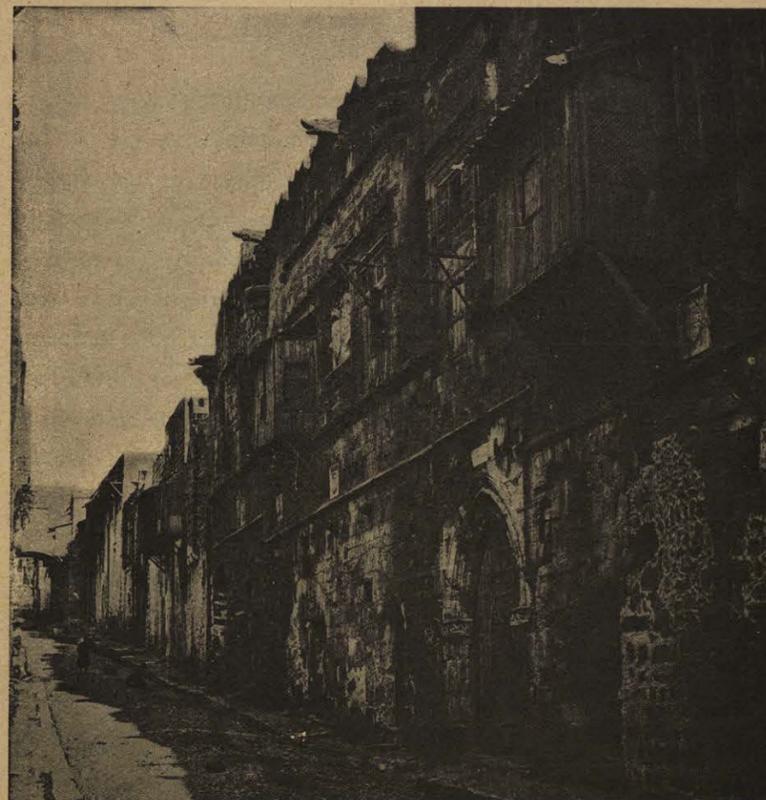
hijos el arte de construir las trincheras y de preparar los asaltos¹.

Desde los primeros años de sus relaciones con los musulmanes — por violento que fuese entre ellos el fanatismo de los odios religiosos —, los cristianos se dejaron «orientalizar» de una manera muy sensible. Como es natural, las condiciones del clima se hicieron sentir ante todo en el vestido, las comidas y las prácticas diarias: por una influencia análoga, siglos después, los soldados franceses de Argelia se cambiaron en «zuavos» y en «spahis». También se modificó la moral, lo mismo que la manera de pensar. La evolución que se hizo en el ánimo de los Cruzados obedeció á dos fuerzas, la de la madre patria de donde venían y la de la comarca donde se efectuaba su obra; se comprueba bien por las órdenes de caballería que nacieron en la tormenta de las Cruzadas, y cuyo carácter práctico, procedente de la situación nueva, es muy diferente de la antigua caballería, que se daba un ideal inaccesible, por ejemplo, como en nuestros cuentos de hadas, libertar una princesa encerrada en una torre de diamante, en medio de un bosque inextricable ó de un mar de fuego defendido por espantosos dragones. Los caballeros de las Cruzadas se fijaron un objetivo menos difícil de realizar, pero mucho más serio, puesto que concuerda con los deberes humanos. La orden de los Hospitalarios, que pertenecía oficialmente á la gran familia monacal de los Agustinos, no podía constituirse sino en país extranjero, allí donde los hermanos en la fe corren el riesgo de no encontrar asilo en ciudad, villa ó monasterio, allí donde conviene hallar amigos seguros en medio de los más rudos enemigos, improvisar campos de refugio en el desierto ó en los montes rocosos, trazar caminos á los viajeros y á los peregrinos, asistir á los heridos y á los enfermos, saber además manejar la espada y aplicar el cordial curativo. No hay duda que los Hospitalarios recibieron en Oriente la tradición de otros bienhechores, los Nestorianos, cuyos hospicios se continuaban hasta China sobre los pasos nevados de las montañas y en los oasis de las soledades.

Los Templarios ó caballeros del Templo, así denominados por el sitio de residencia de su sociedad, en las salas del palacio edifi-

¹ Paul Meyer, *Introduction á Girart de Roussillon*, ps. LXX, LXXI.

cado sobre los vestigios del Templo de Salomón, trataron resueltamente de reunir en sus personas los dos poderes, el espiritual y el temporal, de ser á la vez frailes y guerreros, de llevar hábito y espada. Como los sacerdotes, pronunciaban votos, bendecían y mal-



CALLE DE LOS CABALLEROS EN RODAS

Cl. Bouffis.

decían, abrían las puertas del cielo y las del infierno, y, como caballeros, cumplían sobre la tierra las decisiones que habían formulado para la vida futura. Al principio adquirió esta orden una fuerza temible, y los papas vacilaron á tomar al servicio de la Iglesia tan poderosos defensores; pero San Bernardo, que dirigía entonces el mundo cristiano, redactó los estatutos de su orden (1128) y dirigió sus primeras empresas políticas y religiosas. Semejante Estado, acumulando todas las fuerzas que, en otras partes, se mantenían opuestas; reuniendo los elementos de su fortuna, sin preocuparse de las

cuestiones de socorro, de lengua ni de nacionalidad que podían inquietar á unos rivales menos ambiciosos; no dando por límite á sus proyectos ni las fronteras de una patria ni las de Europa; abrazando el mundo en su esperanza, no hay duda que semejante fraternidad conquistadora hubiera fácilmente superado á emperadores y papas, sultanes é imanes si hubiese conservado la dirección de los ejércitos occidentales y la unión de sus fuerzas; pero el número de sus enemigos aumentaba á medida que la orden amontonaba sus riquezas. Tuvo necesidad de combatir sus rudos y constantes rivales, los Hospitalarios; conjurar y pagar muy cara la hostilidad de los obispos, de los señores feudales y de los reyes; después hubo de hacerse perdonar los infortunios políticos cuando los hechos de guerra y las discordias hubieron obligado á los Templarios á abandonar la tierra firme de Asia para refugiarse en la isla de Chipre. No obstante, la orden más estimada de la caballería se conservó en plena gloria durante más de dos siglos, y con frecuencia se trató de restaurar su esplendor. Todavía en la actualidad, ¡cuántos vanidosos ó estafadores, para deslumbrar á sus engañados, se condecoran con títulos é insignias como caballeros del Templo!

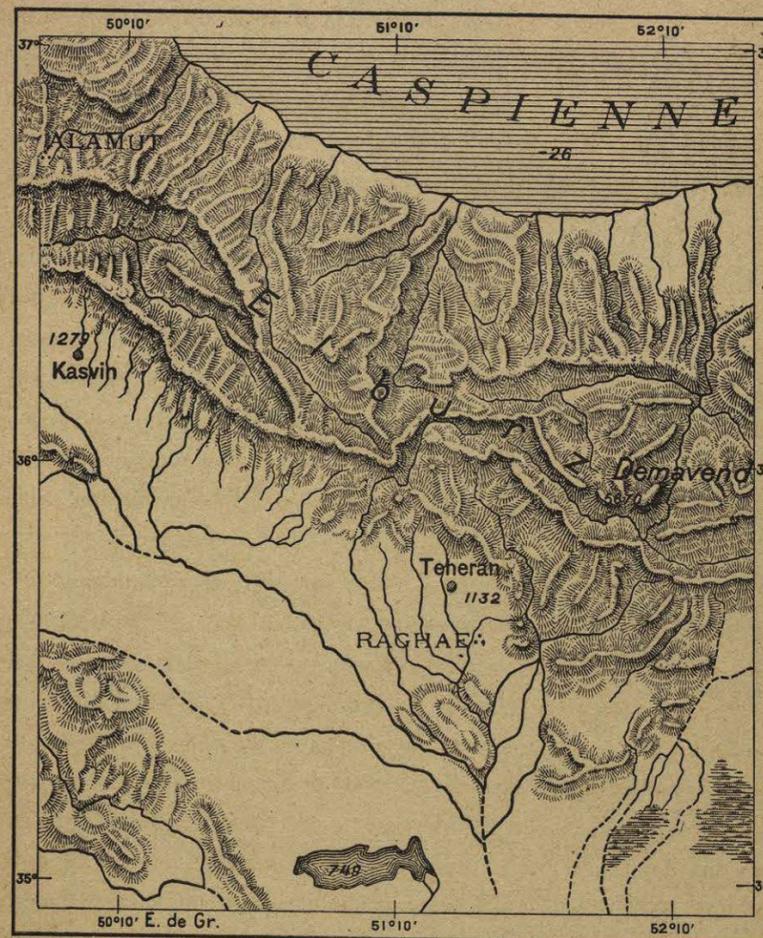
Los mahometanos tenían también sus cuerpos organizados, combatiendo á la vez por la oración y por las armas. Tal fué el de los «Comedores de hachisch» (Hachichiya) ó «Asesinos», que nació en Persia, algunos años antes de la constitución de los Templarios. Pertenecían á la secta de los Ismaelitas, cuyo nombre procedía de cierto Ismail, descendiente de Alí; en un principio no tomaron parte alguna en la política y se limitaban á prácticas religiosas. Profesaban una doctrina filosófica muy elevada, buscaban la fusión de todas las fórmulas idealistas, del platonismo al mesianismo, y predicaban una especie de panteísmo que reposaba sobre la armonía general de todas las partes del mundo, sobre el cosmos de que depende cada persona humana que de él forma parte como los astros y debe tratar de comprender su belleza¹.

Pero la leyenda, que sería evidentemente muy distinta si no nos hubiera sido transmitida por cristianos que solían atribuir á

¹ P. Casanova, *Journal Asiatique*, 9.^a serie, t. XI, n.º 1, 1898; — E. Doutté, *Bull. de la Soc. de Géog. et d'Archéol. d'Oran*, Enero á Marzo, 1899, p. 53.

enemigos temidos todos los crímenes y todas las iniquidades, nos dice que los asesinos eran fanatizados por un profeta que, después de haberlos embriagado de placeres, les hacía extáticos de fe y los

N.º 314. País de los Asesinos.



1 : 2 000 000
0 50 100 Kil.

lanzaba al mundo contra sus adversarios, armados del puñal ó del veneno. Ese jefe, el «Viejo de la Montaña», residía en el castillo de Alamut, sobre un promontorio del Elburz persa, pero poseía más de otras cien fortalezas en los países del Asia anterior. El sucesor de

ese fraile terrible no es más que un humilde y pacífico súbdito del imperio de las Indias ¹.

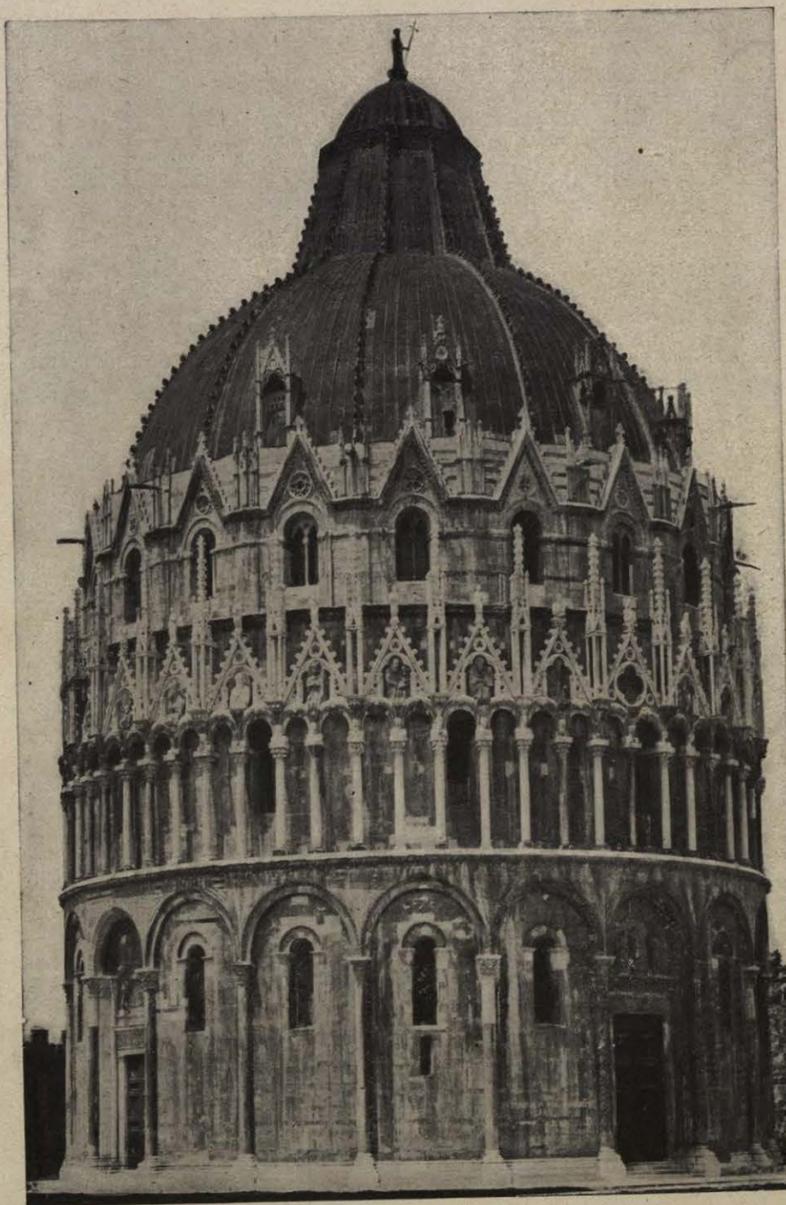
El monaquismo en Europa siguió, con una marcha más lenta, la misma evolución que en Oriente. En parte era el mismo personal desplazado del uno al otro extremo del mundo cristiano por las contingencias de la política, de la guerra y de la diplomacia, y las consecuencias de los acontecimientos repercutían de una parte y de otra, de manera que si no igualaban las condiciones, al menos conservaban su juego pacífico. A la sazón las dos capitales francesas del mundo monacal, Cluny y Citeaux, poseían una autoridad moral prodigiosa, que excedía con mucho á la de Monte Casino, antiguamente el vivero por excelencia de las abadías de Occidente y la escuela del papado. En Cluny, alrededor de la alta iglesia, se construyó al final del siglo XI una ciudad industrial que tomó un carácter suntuoso y mundano; hasta hubiera podido ambicionar el rango de ciudad privilegiada, aunque situada aparte de toda gran vía histórica, en uno de los valles laterales del Saona, en tanto que su rival Citeaux ó Cistercium se estableció en medio de unos bos-



FRAILE MENDICANTE

ques donde abundan los charcos y pantanos: el fraile que después se llamó San Bernardo halló en aquel lugar agreste un asilo que le convenía, donde sucedió á otros cenobitas que no habían atraído muchos discípulos; pero aunque su elocuencia y su fervor le hubiesen rodeado, por el contrario, de multitudes atraídas por su palabra, Citeaux no dejó por eso de ser lo que es todavía, una construcción grosera en medio de las soledades. La abadía madre no tardó en tener hijas, entre ellas la famosa Clairvaux, de la que fué abad el mismo Bernardo. Después las hijas, por la emigración de los monjes, pro-

¹ H. Yule, *The Book of Marco Polo*, 2.^a edic., t. II, p. 155.



Cl. Kuhn, edit.

BATISTERIO DE PISA